

Emma Reyes

*Memoria por correspondencia*

Bogotá: Colección Laguna Crónica: Fundación arte vivo Otero Herrera, 2012. 191 pp.

ISBN 978-9599887-5-6

María Mercedes Jaramillo / Fitchburg State University

El 28 de abril de 1969 Emma Reyes (Bogotá 1919-Burdeos 2003) empezó a escribir en París la primera de las veintitrés cartas que le enviaría a Germán Arciniegas, la última la escribió en Burdeos en 1997. En un español afrancesado, que no demerita su autobiografía, y con un lenguaje sencillo y directo narra sus primeros años de vida en Cundinamarca y en sectores de Boyacá. Sin autocompasión o melodrama y desde su mirada de niña, Emma Reyes hizo un vívido compendio de la infamia sufrida a manos de su madre y de las religiosas del convento de María Auxiliadora en Bogotá, que era más una prisión que una institución donde las niñas deberían aprender a trabajar. Las familias de las pupilas pagaban una pensión de \$10.00 (pesos) mensuales, y las que no podían pagar eran también aceptadas, pues con su trabajo no remunerado pagaban con creces el gasto de manutención.

Las niñas se encargaban de bordar ropa para ajuares de novia, para la iglesia y hasta bordaban complicadas piezas para el Vaticano. Además, lavaban, aplanchaban y arreglaban ropa ajena para las clientas del convento provenientes de la elite capitalina; labores por las que nunca recibieron pago, alimentación adecuada, vestidos o respeto. Las monjas tampoco enseñaron a las niñas a leer o escribir, sólo se preocupaban de inculcarles la doctrina católica ilustrada con terribles ejemplos de los tormentos del infierno y de las tretas del diablo para apoderarse de sus almas. Controladas a través del terror, mal alimentadas, mal vestidas y abrumadas con las largas jornadas de trabajo las pupilas dedicaban los pocos momentos libres a oraciones y sacrificios que las salvarán de la condenación eterna.

Emma Reyes sin acusar a nadie de su miseria recrea la total negligencia de las autoridades civiles y eclesiásticas y de las elites dirigentes hacia los niños pobres. Uno de los amantes de la madre de Emma, y padre de al menos dos de sus hijos, Eduardo y José sin sal, era un gobernador. Su madre, a la que llama Sra. María, era una mujer joven y hermosa con amantes ricos, que sin embargo vivía en una extrema pobreza en un cuartucho en el Barrio San Cristóbal, que carecía de ventanas, agua o servicios sanitarios. Los hijos de esta cruel mujer pasaban los días encerrados en ese cuarto oscuro cuyo único rayo de luz entraba por el hueco de la cerradura. La Sra. María dejaba a sus hijos solos y encerrados todo el día

sin dar explicaciones, cuando regresaba Emma aterrada se escondía debajo de la cama. En las cartas no hay una sola escena que recree un ambiente familiar donde la madre muestre interés por el bienestar de sus hijos.

Cuando Emma y su hermana Helena llegaron al convento no sabían ni siquiera quienes eran sus padres, no tenían ningún tipo de educación y menos aún instrucción religiosa, hecho que las estigmatizaría ante las monjas y autoridades eclesiásticas, que sólo se interesaban por la salvación del alma. Los derechos de los niños a la educación, a la salud, al sustento, a la protección no eran considerados necesarios, pues las niñas eran la mano de obra esclava necesaria en el convento. El trabajo continuo, la escasez de ropa, el frío, el hambre y el desamparo fueron constantes en la estadía de Emma en esta institución.

Entre los buenos recuerdos de la infancia de Emma al lado de su madre son los juegos que llevaba a cabo en el muladar donde se botaban los excrementos. La imagen ominosa de la bacinilla llena de orines y evacuaciones que debía sacar del cuarto cada mañana quedó fijada en su memoria y es el primer recuerdo con el que inicia su relato de vida. Su fragilidad y el temor de soltar el recipiente la hacían mirarlo fijamente y sostenerlo como un tesoro. Pero a pesar de todo, la niña de tres o cuatro años encontraba solaz elaborando muñecos de barro con el Cojo y otros niños igualmente miserables. El día que salen de Bogotá para Fusagasuga lo recuerda Emma con tristeza pues se aleja de sus compañeros de juego.

Las cartas de Emma Reyes describen las miserias y la vida de los pobres en Bogotá y en algunos pueblos cundiboyacenses a principios del siglo XX. El abandono, la soledad, el hambre y el abuso fueron los ineludibles compañeros de su infancia en Bogotá, Guateque y Fusagasuga, escenarios de sus primeros años. El desamor y el maltrato son los recuerdos de sus primeros años de vida al lado de la Sra. María, a la que nunca logró reconocer como madre. Sus dos hermanos recibían mejor trato, Helena, dos años mayor que ella, por ser bonita, y su hermano Eduardo, a quien llamaban "Piojo", por ser hombre y el hijo de un gobernador. Emma Reyes no tuvo la percepción de tener

una familia, pues en ese cuarto oscuro del barrio capitalino convivían una mujer adulta y tres menores de edad, que más que hijos eran un estorbo para la madre. Emma le temía a la Sra. María y nunca recibió una muestra de afecto de parte de su madre.

Los dieciocho años que transcurrieron entre la primera y última carta fue el tiempo necesario que necesitó Emma Reyes para evocar su infancia, y compartir con el amigo los dolorosos momentos vividos. Sus palabras honestas recrean las increíbles peripecias de su vida y muestran la tenacidad de su espíritu que le permitió convertirse en la mejor bordadora del convento y posteriormente en artista plástica reconocida. A pesar de todas las carencias y tragedias su relato no carece de momentos cómicos, que revelan a la mujer madura que ha superado todos los traumas de la infancia.

Algunos momentos que cabalgan entre lo trágico y lo cómico revelan la implacable sinceridad de Emma Reyes que sin orgullo ni pretensión nos confronta con esa realidad dura que le tocó vivir. Nos recrea minuciosamente la vida diaria en ese convento de monjas miserables donde las pupilas trabajaban sin compensación y sin descanso. Cuando el selecto grupo de niñas bordadoras debía trabajar hasta altas horas de la noche para terminar un trabajo se les daba una taza de chocolate para que no desfallecieran. La taza de chocolate era entonces el premio por su trabajo y por su destreza, y era también la forma retorcida de las monjas de explotarlas más. Emma Reyes admira el ingenio de las monjas que le diseñaron unos horribles anteojos de cartón para enderezar sus ojos bizcos; avaricia e ingenio marchan

aquí de la mano, pues las religiosas se ahorraron la visita al oculista y forzaron los ojos de la mejor bordadora del convento a mirar a través del pequeño hueco situado en la mitad de las gafas de cartón.

Sin adornos y sin divagaciones Emma Reyes recobra los personajes que marcaron su infancia. Evoca la rica imaginación de la directora del convento que se regodeaba narrando historias de los tormentos infernales sin repetirse o la sorprende la historia de la Srta. Carmelita, mujer rica que vivía en el convento y que miraba a las pupilas con desprecio. Se dedicaba a las finanzas del convento y su glotonería se justificaba con una bizarra historia de amor.

Los episodios tragicómicos, no exentos de crueldad, también se ocasionaban entre las pupilas que se dividían por clase social, apariencia física o edad. La autora relata el bochornoso episodio cuando sus calzones sucios fueron enarbolados como bandera por sus compañeras que la humillaban por ser tal vez más pequeña y frágil y por carecer de ropa limpia.

Esta sorprendente autobiografía inconclusa nos deja con deseos de conocer mejor a esta mujer que logró superarse y supo compartir con generosidad no sólo su casa con artistas colombianos que llegaban a Francia sino su vida personal. En las pinturas de Emma Reyes podemos adivinar esos ojos bizcos de niña que miraban el mundo con asombro y admiración, y que con esa misma actitud escribió sus cartas de correspondencia a Germán Arciniegas.